

estableció en el campo. Tal es la lista de los matrimonios contraidos por judíos con mujeres extranjeras, que se da en Esdras, 10, 18, etc. Las familias que se hallan en este caso están anotadas en la lista de Nehemías, 7, y que una parte de estos matrimonios correspondían a la población rural nos lo dice Esdras, cap. 10, 7, etc. Resulta, pues, que solo una parte de las familias enumeradas en la lista se había establecido en Jerusalén. Vivía también cerca del templo la mayoría de los sacerdotes. Elíasib, el sumo sacerdote, contemporáneo de Nehemías, tenía su casa al Sudeste del templo, cerca de la esquina (Nehemías, 3, 20); según el versículo 28, vivían entonces otros sacerdotes cerca de la puerta de los Caballos, y por otros pasajes (versículo 22 y cap. 12, 28) sabemos que familias sacerdotales vivían también en las inmediaciones de la ciudad.

De la distribución de los inmigrantes en el país y de la extensión del territorio que ocuparon en propiedad podemos formar idea suficiente por Nehemías, 7, desde la primera mitad del versículo 73 hasta el cap. 11, versículo 1 y siguientes. Según estos datos, se establecieron los sacerdotes, levitas guardas de las puertas, cantores, siervos del templo y el pueblo cada uno en su lugar, es decir, en el lugar donde vivieron sus antepasados. Los *sarim* o empleados de la comunidad, y a su cabeza probablemente los doce ancianos del consistorio, se establecieron en Jerusalén, y en la distribución del pueblo se arreglaron las cosas de manera que una décima parte viviese en Jerusalén y nueve décimas partes en el campo, concediendo la bendición a todos los que voluntariamente fueran a establecerse en la ciudad. De aquí se infiere que después de haberse establecido en la capital todos los inmigrantes que de ella eran originarios, la población urbana era todavía tan escasa, que se designaban lotes de propiedad en Jerusalén a otros individuos y fué necesario excitar con diversos alicientes para que nuevos inmigrantes se establecieran dentro de la ciudad, contentándose los jefes de la comunidad con haber logrado que una décima parte del pueblo judío poblara la capital, en lugar de todas las familias enumeradas en Nehemías, 7, 5-69. Del mismo libro cap. 7, v. 4 y siguientes, resulta que Nehemías dió en otro tiempo una relación detallada de los propietarios establecidos en Jerusalén y de los lugares de que procedían; y aunque lo que de estos datos se ha conservado es, según se ve en el v. 6, muy incompleto, se desprende de ellos que la población de Jerusalén se componía de las ramas de Faros y de Senaa de la tribu de Judá y de benjamitas. Los números que se encuentran en estos versículos concuerdan con la noticia de que la población de Jerusalén era solo una décima parte a lo más de toda la comunidad, aun admitiendo omisiones ó deficiencias, y resulta que los benjamitas constituyeron una parte muy considerable de la población de Jerusalén después del destierro.

Los levitas fueron repartidos entre Judá y Benjamin, tocando a esta última tribu, según Nehemías, 11, treinta y seis levitas de Judá. De datos posteriores se infiere el hecho importante de que los levitas recibieron territorio en propiedad en los asignados a las tribus de Judá y Benjamin. (Nehemías, 11, 36; 12, 27; 13, 10.)

Los cantores recibieron terreno para cultivar en las inmediaciones de Jerusalén, donde construyeron aldeas, y otros se establecieron en los territorios de Netufai, Bet-Galgal, Gebaa y Azmavet. (Neh., 12, 28, etc.)

Respecto de la extensión del territorio designado a la comunidad, encontramos noticias claras en Nehemías, 11, 25-36. Verdad es que estos datos no son ya completos, ni pueden identificarse todos los lugares que se citan; pero es fácil completarlos con otros datos relativos al primer siglo de la

comunidad, y aun sin esto dan una idea muy clara de la extensión del territorio ocupado por ella. Según estos datos, los de Judá vivían desde Beerseba hasta el valle de Hinnom ó sea hasta Jerusalén. Al Oeste llegaba su territorio hasta Siklag, Lakis, Adullam y Azeca; es decir, que por estos dos lados esta tribu volvió a tener aproximadamente los mismos límites que tuvo antes del destierro. Colonizó también el *sche-pela* y se extendió por el *negob* y por los territorios pertenecientes en otro tiempo a los simeonitas.

Los benjamitas ocupaban el antiguo territorio de su tribu y además otros como Hai, Betel, Anatot, Neballat, Lod y Ono, que en otra época habían pertenecido a la tribu de Efraim.

Aun admitiendo que la lista no sea de tiempo anterior a Nehemías, sino que fuese escrita después de este libro, sus datos permitirían suponer, sin temor de errar, que la distribución del territorio entre los expatriados que regresaron en tiempo de Ciro a Palestina, fué la misma que en estos datos se consigna, porque ninguna noticia existe de una ocupación del Judá meridional por vía de conquista en el tiempo que pasó desde la primera inmigración hasta la lugartenencia de Nehemías.

Resulta, pues, que los que regresaron en el año 537 recibieron para establecerse no solamente el terreno de Jerusalén y sus inmediaciones, sino todo el territorio antiguo de las tribus de Judá y de Benjamin y hasta algunos distritos del de Efraim.

Estos territorios estarían probablemente poco poblados al posesionarse de ellos los inmigrantes de Babilonia, pero no estaban desiertos. En el Mediodía de Judá se hallaban establecidos los edomitas, y el resto del país estaba habitado por descendientes de la población israelita antigua, sobre cuya suerte posterior no se ha conservado por desgracia la menor noticia. Herzfeld y Smend suponen que antes de ser devueltos los expatriados a Palestina, las tropas persas despejaron el país obligando a los edomitas, ya a la fuerza, ya por vía de convenios, a evacuar el territorio de Judá. Es, en efecto, posible que haya precedido esta acción a la instalación de los inmigrantes, y las exclamaciones relativas a Edom que se encuentran en la profecía de Malaquías, 1, 4 (1), se comprenden sin dificultad si se las supone alusivas a un desastre militar y a la consiguiente expulsión de su territorio. Por otra parte es muy natural que existiera en Judá suficiente terreno desocupado para dotar a los inmigrantes del suficiente a su manutención con el cultivo, y cerca había, además, tropas persas para hacer sitio a la fuerza a los inmigrantes, pues un ejército persa estaba a la sazón delante de Gaza, la única ciudad de la costa fenicia que no se había sometido a Ciro.

Nada absolutamente se sabe de lo que se hizo de la población israelita antigua que se había conservado en aquella región. Los expatriados se sabe que se mantuvieron escrupulosamente alejados de todo contacto con otros elementos no procedentes del destierro y todavía algún tiempo después se titulaba la comunidad «la gola» ó sea «la comunidad de los desterrados» como título honorífico; mas esto no prueba que los restos de la población israelita y aun judaica antigua tuvieran que evacuar completamente el país para hacer sitio a los inmigrantes del destierro; y por su estancia probable en aquellos sitios se explica naturalmente el grandísimo número de matrimonios con mujeres extrañas que Esdras se em-

(1) Malaquías, 1, 2, etc. «No es Esaú hermano de Jacob? dijo Jehová. Y yo he amado a Jacob y aborrecido a Esaú, cuyas montañas torné en asolamiento y di su posesión a los dragones del desierto. Cuando Edom dijere: «Estamos asolados pero reedificaremos las ruinas,» entonces contestará Jehová de los ejércitos: «Tornarán a edificar y yo tornaré a destruir.»

peñó un siglo después en separar y anular. Un ejemplo de que vivían israelitas antiguos entre los inmigrantes ofrece Sanaballat de Bet-Horon, el adversario de Nehemías, y cuyo territorio estaba enclavado en el de la nueva comunidad.

CAPITULO II

LA CONSTRUCCION DEL TEMPLO Y SU INFLUENCIA SOBRE EL ESPÍRITU RELIGIOSO DE LA COMUNIDAD

Los datos que ahora nos ofrecen los escritos de la época de que tratamos nos conducen al año 520, en el cual se empezó la edificación del templo. Ciro, el gran conquistador, había llegado victorioso hasta el Gabon; había conquistado toda el Asia Menor y la Bactriana, y finalmente había muerto haciendo la guerra a los mesagetas. Cambises, hijo y sucesor de Ciro, llevó el poder de su dinastía a su grado máximo con la conquista del Egipto en 525 y después a su ruina por su propia culpa. Antes de emprender esta última conquista, había hecho matar a su propio hermano Bardiya (el Esmerdis de los autores griegos), sin que el pueblo tuviera noticia de la muerte de este príncipe, ignorancia que aprovechó un mago llamado Gaumata para fingirse Esmerdis y hacerse proclamar rey en ausencia de Cambises. Hallándose éste todavía en Egipto, recibió en el año 522 la noticia de que Esmerdis se había sentado en el trono de Persia y al instante se puso en camino para castigar al usurpador; pero murió al pasar por la Siria, probablemente suicidándose. Formóse una conspiración contra el usurpador, el falso Esmerdis, el cual fué asesinado en su palacio de Sicalahuvati por siete conjurados pertenecientes probablemente a las familias más nobles del país, y acudidos por Darío, hijo de Histaspes, individuo de la familia real aqueménide. Darío fué proclamado rey, pero este cambio conmovió el imperio en sus cimientos, porque al parecer todos los pueblos del imperio se hallaban completamente satisfechos con el gobierno del mago usurpador. Pronto se sublevó la mayor parte del país contra la línea menor de la familia aqueménide, y solo obedecieron a Darío las provincias occidentales, quizás con la esperanza de recobrar su libertad en el probable y próximo derrumbamiento del imperio.

Los judíos restablecidos en su antigua patria observaron conmovidos estos sucesos, que parecían indicarles el cercano cumplimiento de los vaticinios no realizados todavía de sus profetas. La comunidad de los expatriados había vuelto a su país, pero todavía imperaban los paganos, que a la sazón parecían próximos a perder su dominio en el mundo. Esta expectativa hizo dirigir la atención del pueblo judío con mayor afán que antes a la persona de Zorobabel, el representante del futuro reino de Israel; porque viendo que Jehová iba a derribar los tronos de los paganos, era muy natural en opinión de los judíos que volviera a erigir el trono de David. Para el pueblo judío Zorobabel, aunque todavía en situación humilde, era ya el rey mesiánico, y solo faltaba coronarle para que resplandeciera en toda su gloria. Zorobabel fué desde entonces el punto de mira de la expectación pública; y habiéndole nombrado el gobierno persa lugarteniente suyo, probablemente para ganarse el afecto del pueblo judío (1), cayó entonces en manos de la familia de David la dirección de la comunidad, sin perjuicio de la conservación del consistorio de los doce ancianos, que continuó arreglando los asuntos interiores como antes, en unión de Zorobabel, si bien éste

(1) Ageo, 1, 1 y 14; 2, 2. Una conducta igualmente benévola observó el mismo gobierno al parecer con el Egipto.

adquirió más influencia sobre sus colegas y hasta iniciativa (2).

Entretanto había quedado arreglado definitivamente el sacerdocio y se había creado la dignidad de sumo sacerdote, la cual fué concedida a Josué, que ocupó, sin embargo, el segundo lugar en importancia después de Zorobabel, tanto en el consistorio de los ancianos como en el Estado en general.

Correspondiendo al nuevo impulso que habían recibido las esperanzas mesiánicas, los profetas (3) Ageo y Zacarías excitaron al consejo de los ancianos y al pueblo a poner mano inmediatamente a la construcción del templo y consiguieron que se emprendiera esta obra el 24 del mes de Elul, en el segundo año del reinado de Darío, ó sea en la segunda mitad del mes de setiembre del año 520 antes de J. C. (4).

Se cree generalmente que los repatriados emprendieron la reedificación del templo tan luego como regresaron del destierro, y que después tuvieron que suspender las obras a consecuencia de intrigas de los habitantes antiguos del país hasta que pudieron continuarlas en el segundo año del reinado de Darío. Esta opinión es errónea, bien que se funda en la relación del cronista (Esdras, 3, 1; 4, 5), y debemos probar con datos de escritores de la época el error y su origen.

Según el cronista, el restablecimiento del culto fué el primer cuidado de los desterrados a su regreso. A tenor de la relación citada, estuvieron establecidos los inmigrantes en sus respectivos lugares al llegar el séptimo mes, es decir, en

(2) No hay que olvidar que a consecuencia de las vivas esperanzas mesiánicas, los escritos de la época pueden haber dado más importancia a la figura de Zorobabel que la que éste gozaba entonces en realidad.

(3) Hubo profetas después del destierro como los hubo durante el destierro, los cuales creyeron estar inspirados por Jehová, el cual les había confiado una misión para su pueblo. Esta manera de ejercitar una misión al servicio de Jehová se había hecho costumbre, si bien el espíritu no era ya el mismo; y los escritos que tenemos de los profetas del tiempo de Zorobabel son buen testimonio de que estos varones adoptaron un sistema cuya época había pasado. En efecto, juzgaban de su propio tiempo con las ideas de los profetas antiguos, que enseñaron verdades divinas entonces nuevas, cuando los profetas posteriores al destierro no hacen más que elaborar y sacar jugo de las ideas de aquellos, en especial de las esperanzas mesiánicas. Estos profetas modernos forman la transición a los autores anónimos que más adelante, en los siglos posteriores, trataron nuevamente del Mesías, ya en escritos proféticos independientes, ya en forma de interpolaciones hechas en los escritos de los profetas antiguos. La dependencia de ideas de los profetas modernos respecto de los antiguos explica las inconsecuencias y contradicciones en que incurren, como por ejemplo Zacarías, que repite ideas contradictorias respecto del efecto producido por el destierro sobre Israel.

(4) El libro de Ageo, que solo consta de dos capítulos, se encuentra en el cánon de los profetas menores. Böhm pretende (véase: *Zeitschrift für alttestamentliche Wissenschaften*, 1887, pág. 215) que el versículo 13, cap. 1 y los v. 20 hasta 23 del cap. 2 son adiciones posteriores, sin contar otras más pequeñas. El v. 13, cap. 1, es a la verdad sospechoso, y tocante a su sustancia es supérfluo. El v. 20, cap. 2, choca por su forma, y la expresión «por segunda vez» hace pensar en interpolaciones, pero también puede ser motivada por estar destinado lo dicho en los versículos 20 hasta 23 a Zorobabel exclusivamente. Otros ejemplos, como Jeremías, 46, 13, prueban que no debe darse demasiada importancia a aquella expresión, y además los v. 21, 22 y 23 del cap. 2, aunque pasan más allá de lo dicho en los v. 6 y 7 del mismo capítulo, corresponden perfectamente a las ideas de la época, razón bastante para que un arreglador posterior hubiese eliminado esta profecía en vez de añadirle algo. Del libro profético atribuido a Zacarías son escritos únicamente los primeros ocho capítulos por un contemporáneo de Zorobabel. Hay en estos capítulos (cap. 1, 1-6 y cap. 7 y 8) comunicaciones proféticas, y en cap. 1, 7-8, siete (según otros ocho) visiones nocturnas, y en el capítulo 6, 9, etc., habla el autor de un acto simbólico que efectuó. Los capítulos 9 hasta 14 forman parte de los restos más interesantes de la literatura imitadora de la de los profetas antiguos relativa a las esperanzas mesiánicas de la comunidad. Pertenecen al primer período griego y de ellos trataremos más adelante en particular.

el mes de setiembre de 537 (1). Entonces se reunieron en Jerusalen, y Josué (2) y Zorobabel, con el concurso de la comunidad, y sin que pudieran impedirlo los pueblos (los habitantes antiguos) que estaban á su alrededor, erigieron el altar del holocausto en el mismo sitio que había ocupado este altar en el templo de Salomon, todo con el fin de ofrecer los holocaustos prescritos por la ley de Moisés. La comunidad celebró la fiesta de los tabernáculos, hizo los holocaustos de cada día, los de la luna nueva y los sacrificios de todas las fiestas; y desde el primer día del mes séptimo ofreció con regularidad los holocaustos prescritos. Pues bien, hoy está probado por E. Schrader que esta relacion del cronista (Esdras, 3) está simplemente copiada de Nehemías, 7, 73; 8, 1, en la suposición de que los judíos no habrían dejado pasar el día del año nuevo sin celebrarlo (3). De las tentativas hechas por los habitantes antiguos para impedir la construcción del altar, no dicen una palabra los escritos de la misma época ni se comprende qué interés les pudiera haber impulsado á ello.

Positivo es, sin embargo, que el altar de los holocaustos fué erigido antes de ser reedificado el templo, pues que Ageo habla de holocaustos ofrecidos cuando todavía no se había emprendido aquella construcción; y hasta hay que admitir casi forzosamente que tan luego como hubieron regresado los expatriados á su país, dispusieron lo necesario para celebrar sus sacrificios, pues de otro modo los recién llegados habrían tomado alimentos impuros y habrían provocado de nuevo la ira de Jehova. Solo ardiendo en el altar la llama de los holocaustos podía establecerse la convicción de que el pueblo expatriado se encontraba reinstalado en la herencia de sus mayores. Queriendo la comunidad vivir según la ley que su Dios le había dado, solo podía ofrecer sus holocaustos en el mismo lugar que había ocupado el altar antes del destierro, para lo cual era indispensable despejar el sitio, construir un altar nuevo completo y en regla, y consagrarlo solemnemente. Todo esto se hizo, como es evidente, pero no han llegado á la posteridad noticias exactas ni sobre este suceso ni respecto del tiempo en que se verificó ni tampoco sobre la instalación y arreglo de la comunidad en el país (4).

El cronista (Esdras, 3, 8, etc.) continúa refiriendo que en el segundo año después del regreso (5), Zorobabel y Josué empezaron la construcción del templo colocando solemnemente la primera piedra en presencia de todos los sacerdotes y levitas adultos. Erigido el nuevo altar, habían sido contratados picapedreros y carpinteros; sidonios y tirios habían recibido trigo, vino y aceite para transportar cedros desde el Líbano á Joppe (Jafa). Tan pronto como los enemigos de los de Judá y Benjamin supieron que estos habían comenzado las obras del templo, pidieron tomar parte en su construcción;

(1) Se desprende de Esdras, 3, 8, que se refiere al primer año ó el del regreso.

(2) Aquí cita el cronista en primer lugar á Josué; en otros pasajes (Esdras, 4, 3) nombra primero á Zorobabel.

(3) El año israelita empezaba en otoño, y el año babilónico, por el cual los judíos se regían desde su estancia en Babilonia, empezaba en la primavera, siendo el primer mes el de Nisan, mientras el año israelita continuaba en uso para los fines eclesiásticos. Según Ezequiel, 40, 1 y el Levítico, 25, 9, el año nuevo caía en el décimo día del séptimo mes, ó sea aproximadamente en el principio del mes de octubre. El código sacerdotal trasladó la fiesta del año nuevo al primer día del séptimo mes y al día diez la fiesta de la expiación y reconciliación. Zorobabel y sus contemporáneos contaron probablemente como Ezequiel, y el cronista sigue el código sacerdotal y por esto da principio al culto el primer día del séptimo mes, ó sea el primer día del año eclesiástico.

(4) Sacrificios como los mencionados por Jeremías, 41, 5 y siguientes, no necesitaban la construcción de un altar nuevo, pues bastaba para ellos ofrecerlos sobre las ruinas del viejo.

(5) Es muy sospechoso ya que no cite el cronista el día del mes.

pero Zorobabel y Josué no aceptaron su concurso. Entonces los naturales del país, es decir, la población israelita antigua que se había conservado en el territorio, logró con sus amenazas debilitar la energía de los inmigrados, y no contenta con esto, procuró por medio de agentes en la corte de Persia que se imposibilitaran las obras de los judíos durante el reinado de Ciro hasta el de Darío.

En prueba de estas intrigas cita el cronista una carta, en lengua aramea, dirigida por los jefes de los habitantes antiguos del país á Jerjes (6); en el versículo 7 menciona un informe dirigido por tres funcionarios persas á Artajerjes; en el versículo 8 otro informe dirigido por dos funcionarios persas, Rehum, el canciller, y Simsai, el secretario, con otros compañeros, con el objeto de impedir la continuación de las obras; y luego viene la decisión de Artajerjes que manda á los empleados del rey suspender las obras hasta que el rey mande lo contrario. La obra quedó, pues, suspendida, según esta relacion, que el cronista debió de sacar de una obra histórica escrita en arameo en tiempo anterior.

Mucho se ha trabajado para armonizar estos datos contradictorios, pues si en tiempo de Jerjes, que reinó desde 485 hasta 465 antes de nuestra era, se intriguó para suspender las obras del templo, y si éstas se suspendieron por un decreto de Artajerjes, que reinó desde 465 hasta 425, ¿cómo podían volverse á emprender en 520, en virtud de un permiso de Darío en el segundo año del reinado de este rey, es decir, 35 años antes que empezara el reinado de Jerjes? Para hacer esta relacion aceptable han supuesto los autores posteriores que en ella se da el nombre de Jerjes á Cambises, á quien el Antiguo Testamento no nombra en ninguna parte, y el nombre de Artajerjes al pseudo-Esmerdis; pero no hay ninguna necesidad de hacer semejantes esfuerzos de equilibrio, porque las comunicaciones hechas entre Rehum y Artajerjes, citadas por el cronista, no se refieren ni en una sola palabra á la construcción del templo, sino á la de las murallas en tiempo de Esdras y Nehemías, y en el reinado de Artajerjes.

Esta correspondencia no prueba, pues, nada de lo que refiere el cronista tocante á impedimentos de parte de los habitantes antiguos, que obligaron á suspender las obras del templo, las cuales dice que habían sido empezadas en el segundo año de la reimmigración y que continuaron interrumpidas durante 16 años. El trozo escrito en lengua aramea insertado en Esdras, 4, 6-23, fué probablemente tomado de la misma obra histórica de la cual sacó el cronista la relacion de las obras del templo (Esdras, cap. 5 y 6) en el reinado de Darío, relacion que completa felizmente la de los profetas de la época, que evidentemente conocieron y utilizaron aquella obra aramea. La que da el cronista en Esdras, 4, 6-23, estaría en la obra aramea después del trozo reproducido en Esdras, capítulos 5 y 6, debiendo atribuirse esta trasposición al indicado error del cronista respecto de la construcción de las murallas (7).

Como los pasajes extraídos de la obra aramea se refieren á sucesos que ocurrieron en tiempo de Esdras, es evidente que esta obra perdida no pudo ser escrita antes de este tiempo.

(6) El texto de esta carta no indica si fué dirigida á Jerjes para hacer mal á los judíos, ó á estos para amenazarlos y declararles la guerra.

(7) La obra aramea contenía tal vez, además de las noticias extraídas en Esdras, 4, 6 y 7, otras más detalladas de hostilidades y luchas que la comunidad hubo de sostener con los habitantes antiguos del país en los reinados de Jerjes y Artajerjes. Probablemente se suprimieron estas noticias con el mismo objeto con que se redujeron las memorias de Esdras, dejando solo las introducciones en sus puestos. La obra aramea que se ha perdido refería, según parece, la historia de la comunidad desde la construcción del templo, pero como no queda indicio alguno del período que esta historia abarcaba, tampoco queda indicio para fijar la época en que pudo haber sido escrita esta obra perdida.

po, ó lo que es lo mismo, que fué escrita cuando menos unos 60 años después de la construcción del templo, y probablemente todavía más adelante, entre los años 430 y 330 antes de J. C. Siendo esto así, resulta que respecto de la construcción del templo solo podemos regirnos por las noticias que nos dan los libros de los profetas que escribieron en aquel tiempo, y por la relacion de Esdras en cuanto concuerda con los profetas y en cuanto por su sentido presenta visos de certeza.

Ahora bien: Ageo, uno de estos profetas coetáneos de la construcción del templo, dice (cap. 1, 1): «En el segundo año del rey Darío, en el primer día del sexto mes el Señor, por medio del profeta Ageo, habló á Zorobabel, hijo de Salathiel, gobernador de Judá, y á Josué, hijo de Josedec, sumo sacerdote, diciendo:

«2.) Jehova de los ejércitos habla así, diciendo: Este pueblo dice: No ha venido aun el tiempo de que la casa de Jehova sea reedificada. 3.) Y el Señor, por medio del profeta Ageo, habló y dijo: 4.) ¿Por ventura es tiempo de que vosotros habiteis en vuestras casas fabricadas, y esta casa (ha de quedar) desierta? 5.) Pues ahora dice el Señor de los ejércitos: Pensad bien sobre vuestros caminos. 6.) Sembráis mucho y recogéis poco; coméis y no os hartáis; bebéis y no os sacíais; os vestís y no os calentáis; y el que anda á jornal, recibe su jornal en saco horadado. 7.) Así ha dicho Jehova de los ejércitos: meditad sobre vuestros caminos. 8.) Subid al monte, y traed madera, y reedificad la casa, y pondré en ella mi voluntad, y seré (en ella) honrado, ha dicho Jehova. 9.) Buscásteis mucho, y hallasteis poco; encerrasteis en casa y yo soplé sobre ella. ¿Por qué? dice Jehova de los ejércitos: por cuanto mi casa está desierta, y cada uno de vosotros se ha apresurado á hacer la suya. 10.) Por esto se detuvo de los cielos sobre vosotros la lluvia, y la tierra detuvo sus frutos. 11.) Y llamé á la sequía sobre esta tierra, y sobre los montes, y sobre el trigo, y sobre el vino, y sobre el aceite, y sobre todo lo que la tierra produce, y sobre los hombres, y sobre las bestias, y sobre todo trabajo de manos.»

De esta primera profecía de Ageo se deduce claramente que en el día en que se anunció, ó sea en 1.º de Elul (hacia mediados de agosto) de 520, el templo se hallaba todavía enteramente desierto. Se dice que el pueblo cree que aun no ha llegado el tiempo de edificarlo, y se comprende la razón: el pueblo está empobrecido; una constante sequía ha sido causa de malas cosechas y acabado con los recursos de los colonos. Lo que antes no se había podido emprender sin meditar y madurar debidamente todos los pormenores, no pudo emprenderse después por circunstancias forzosas de otra clase, y como tantas veces suele suceder con las empresas del hombre, se fué aplazando la obra continuamente. Hasta en este caso parecía favorecer un motivo religioso estos aplazamientos. El profeta no fué, sin embargo, de esta opinión; la sequía, en lugar de servir de disculpa, era para él el castigo que Dios había enviado porque los hombres pensaban primero en sus casas que en la casa de Dios, y para inculcar su opinión al pueblo y mover su conciencia escogió la ocasión de estar todo el pueblo reunido para celebrar la fiesta de la luna nueva. Su sermón dió el resultado apetecido; la comunidad se dejó convencer y tomó la resolución de dar comienzo á la obra.

En el versículo 14 continúa el mismo profeta su relacion en estos términos: «Y despertó Jehova el espíritu de Zorobabel, hijo de Salathiel, gobernador de Judá, y el espíritu de Josué, hijo de Josedec, sumo sacerdote, y el espíritu de todo el resto del pueblo, y vinieron é hicieron obra en la casa de Jehova de los ejércitos, su Dios. 15.) En el día 24 del sexto mes en el segundo año del rey Darío.»

Estos trabajos debían consistir por lo pronto en el despejo del sitio de la obra, porque la colocación de la primera piedra se hizo tres meses después, cuando en la fiesta de los tabernáculos, el 21.º día del séptimo mes (Tebet) ó sea aproximadamente á principios de octubre, dió á conocer el profeta una nueva revelación. En ésta Ageo animó á la comunidad para que no se desalentara por las proporciones modestas de la obra empezada, asegurándola que estaba próximo el tiempo de la realización del reino mesiánico, en el cual el nuevo templo sería más esplendoroso que el antiguo.

También produjo efecto este sermón, y el día 24 del noveno mes (Kislev, ó sea diciembre de 520) se verificó el acto solemne de la colocación de la primera piedra del templo. Desde aquel día debía realizarse, según el profeta prometió en el cap. 2, 15, etc., un cambio en el destino de la comunidad, que si hasta «antes de poner piedra sobre piedra» había sufrido sequías y malas cosechas, sería en adelante bendecida; y añade Ageo en el versículo 18: «Pues poned vuestro corazón desde este día en adelante, desde el día 24 del noveno mes, desde el día que se echó el cimiento al templo de Jehova, poned vuestro corazón (parad atención).»

El texto de estos versículos prueba que no fué una continuación de la obra, ya empezada, del templo la que propuso Ageo, sino el verdadero comienzo de la construcción. También Zacarías, el profeta contemporáneo de Ageo, habla solo del principio de la obra del templo bajo el gobierno de Zorobabel (Zac., 4, 9; 6, 12 y 13). Este comienzo es humilde, pero Zacarías promete que Zorobabel llevará la obra á feliz término; que la montaña de dificultades se volverá llanura; que las manos que empezaron la obra concluirán y colocarán la piedra de remate. Ni una palabra, ni el más leve indicio se encuentra en estos dos profetas de que la obra hubiese estado suspendida más de diez años. Puede ser un obstáculo la humildad del comienzo (cap. 4, 10), pero no dice el profeta una palabra de otros obstáculos ya vencidos, que bien habría mencionado si hubiesen existido y sobre todo si hubiesen sido tan temibles y eficaces como resulta de la relacion del cronista. Finalmente, decide todo este punto el versículo 16, cap. 1, de la profecía que pronunció Zacarías el día 24 del oncenno mes (Schebat, ó sea febrero de 519) en el segundo año de Darío (véase también cap. 1, 7), es decir, exactamente dos meses después del día en que según Ageo se puso la primera piedra: «Por tanto, así ha dicho Jehova: Yo he dirigido á Jerusalen mis miradas misericordiosas; en ella será edificada mi casa, dice Jehova de los ejércitos, y la plomada será tendida sobre Jerusalen.»

En vista de estos testimonios de los profetas coetáneos no puede caber duda que los inmigrantes se contentaron por lo pronto con la reconstrucción del altar de los holocaustos, con lo cual quedó satisfecha la necesidad primera y más urgente, que era la de ofrecer con regularidad y orden los sacrificios diarios, los de voto y los de las fiestas. La construcción de una morada para Jehova era tanto menos urgente, cuanto que ya se había generalizado la idea de ver en el Dios de Israel al Dios único, al Dios del cielo (1) y señor de toda la tierra. No por esto se había borrado de la mente del pueblo el concepto, inseparable de sus esperanzas mesiánicas, de que Jehova debía tener su morada en Sion, pero podía parecer hasta conveniente aguardar á reedificar el templo hasta el arreglo definitivo del sacerdocio como institución nacional. A estos motivos se agregó que no se realizaran las promesas de Ciro de costear la reedificación del templo, pues los gobernadores persas se limitaron á entregar una cantidad al tesoro del templo y á contribuir con una parte del vestuario

(1) Expresión frecuente en los escritos de la época.